

La cuestión metafísica más decisiva: ¿Hasta dónde llega la trascendencia?

I. JUSTIFICACION DEL PENSAMIENTO (1)

Uno de los rasgos más fundamentales del pensamiento humano, desde su primer despertar, es que no puede ser lo que es más que rebasándose a sí mismo más allá de lo que en un momento dado parece ser, es decir, el problema de la trascendencia.

El animal dirige sus aprensiones y sus apetitos al hecho material, presente, dado; y después queda encerrado en el interior de lo que le ha sido dado. Puede conocerlo más y más, pero esto siempre será *multa non multum*. El amaestramiento por el cual el animal adquiere cierta expansión, lo prolonga en línea horizontal, no en profundidad. El perro, acostumbrado a convivir con el hombre durante siglos, ha aprendido de él muchas cosas: la defensa, la caza, los juegos del circo, el trabajo; pero siempre queda encerrado en el mundo de los datos sensibles en cuanto sensibles. Sus apetitos llegarán a extenderse hasta cierta previsión de un bien futuro, pero siempre sensible, como por ejemplo la comida, sin cesar amurallado por lo sensible en cuanto tal. Lo que nunca el animal ha aprendido del hombre después de tantos siglos de convivir con él, es a decir: «yo pienso». Y si se lo enseñasen para decirlo como un loro, en todo caso nunca ha pasado por sí mismo a decir «pienso que pienso». Sólo se trasciende en línea horizontal, podría decirse; nunca en profundidad.

Por el contrario el pensamiento humano se pregunta «por qué», y hasta se pregunta «por qué se pregunta el porqué». Es decir, después de la aprehensión de «este», «tal» ser, que le es dado, busca el ser de este ser, su estrato más profundo, como aparece evidentemente por el hecho mismo de que haya ciencias y luego los in-

(1) Comunicación leída el 6 de septiembre de 1968 en la Sección IV, Ontología y Metafísica, Grupo IV, «El problema de la Trascendencia», en el XIV Congreso Internacional de Filosofía (Viena, 2-9-IX-1968). Es texto inédito, pues las Actas publicadas hasta ahora sólo comprenden las Sesiones Plenarias y las Discusiones.

tentos de fundamentación de estas ciencias. El pensamiento humano se trasciende en profundidad.

El problema consiste en saber hasta qué límite se reconocerá objetividad a este progresivo trascenderse; o bien si por el contrario, que le es preciso no detener este proceso hasta llegar lógicamente a su término.

Muchas soluciones nos ofrecen los diversos sistemas filosóficos a lo largo de los siglos, pero en todo caso estamos de acuerdo en que todos los sistemas que no destruyan la coherencia del pensamiento consigo mismo, han de llegar, decía, a que el pensamiento se justifique o legitime a sí mismo, lejos de destruirse. Por ello el relativismo que, por el contrario, equivaldría a pensar que no se piensa, ha de ser rechazado. Pero, ¿cuál es el grado de transcendencia que pueda llegar a dar esta fundamentación? Este es el problema.

II. ENSAYOS PARCIALES

Lo que ante todo llama la atención cuando uno quiere pensar en esta fundamentación que el hombre busca de sí mismo es que no puede admitirse que uno se trascienda para negar la transcendencia.

Supongamos que varios hombres están en la planta baja de un edificio discutiendo si tienen o no capacidad para subir al primer piso. Lo que no puede admitirse es que uno suba al primer piso para decirles desde arriba: «Os miro desde arriba y así os puedo decir que ninguno de nosotros es capaz de subir para mirar desde arriba».

Sin embargo esto no es una broma, sino lo que sucede con mucha frecuencia. Tomemos por ejemplo una actitud, la que querría encerrar el alcance del pensamiento humano dentro de lo material, sensible en cuanto sensible. Llamemos a esta actitud, si se quiere, para convenir en una palabra, «empirismo». El empirista, si quiere dar la fundamentación *última* y juntamente sostiene que no hay transcendencia más allá de lo empírico, entonces, puesto que por hipótesis no hay otra solución, habría de darnos *empíricamente* esta fundamentación de lo empírico. Pero dentro de la zona del dato sensible, material, no se halla nada que sea justificación «de derecho», sino solamente algo «de hecho», es decir empíricamente dado; se admite algo porque se ve que «de hecho» es así, no se ve por qué «debe ser», o en otras palabras, no se da la fundamentación buscada.

Entonces sucede a veces que esta tendencia desemboca en el pesimismo y niega (¡pretende decirlo con sentido!) que esta trans-

endencia, que ha implicado diciéndolo, tenga sentido. Es el irracionalismo, o el vitalismo, o cualquier otro matiz de ellos.

Miguel de Unamuno en su obra *Del sentimiento trágico de la vida* (capítulo 1.º) dice: «Acaso lo que de los demás animales le diferencia (al hombre) sea más el sentimiento que no la razón. Más veces he visto razonar a un gato que no reír o llorar. Acaso llore o ría por dentro; pero por dentro acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado».

Está bien como chiste filosófico, que nos hace sonreír y nos alivia unos instantes, pero nadie tendría confianza en la solidez de un puente o de un pantano cuyo ingeniero hubiese resuelto los problemas matemáticos de su construcción con las «ecuaciones de segundo grado» de los cangrejos.

Otra tendencia, más o menos acentuada según los diversos filósofos y sistemas, es la que se podría llamar, para buscar ahora convencionalmente un nombre, «idealismo», si se toma para designar con ella, una solución que consistiese en disminuir o hasta negar el alcance de la transcendencia del pensamiento humano, y esto lo obtendría por medio de un pensamiento que no sería transcendente, sino «transcendental», o «puramente formal», o con otra palabra que pretendiese evitar la contradicción antes señalada.

Pero en esta nueva tendencia también se repite el caso del hombre que sube al primer piso para decir a sus conciudadanos que él puede mirar desde arriba para decirles que nadie puede subir arriba. Por ejemplo, fue Husserl quien reprochó a Kant en la edición francesa de las *Meditaciones cartesianas* lo que llama, con una expresión dura, «las absurdas cosas en sí», de Kant, puesto que debería tratar el «yo» como transcendental, no como objeto «en sí»; pero, en realidad, para que su afirmación tenga alcance para cualquier «yo pienso» que no esté enteramente identificado con su aprioridad transcendental, es ciertamente preciso que haya hablado de este «transcendental» como «transcendente *en sí*».

Entonces todo conato para escamotear aquello que debería ser enteramente lógico, pero que no lo es enteramente, se hace sospechoso. Pensemos, por ejemplo, en la Lógica de Hegel. No deduce el individuo en cuanto individuo; como tampoco deduce otras nociones físicas más que las que en su tiempo ya habían sido encontradas (¡no la bomba atómica!), de suerte que Kierkegaard nos da un buen tema de reflexión cuando escribe que en vez de decir «yo pienso, luego existo», habría que decir mejor «yo pienso, luego no existo», si yo no «existo» más que como un momento sin individualidad fija, del movimiento de la Idea. Por lo demás, la Lógica simbólica no admitiría el conato de un sistema axiomático que nos dedujese el mundo, sus continentes, hasta los planetas y toda la historia.

Puesto que he mencionado la Lógica simbólica, tengo interés en reconocer aquí sus grandes méritos. Sin duda ha llevado muy lejos una gran zona del pensamiento humano, ya sea en su aspecto sintáctico, ya sea en el otro aspecto, el semántico, del lenguaje. Pero precisamente allí donde empieza a encontrar dificultades es el momento en que pretende tomar como *última* una explicación o fundamentación que no es última, por faltarle la suficiente transcendencia (2).

III. LA METAFÍSICA

No hay dificultad en la autopredicación, en caso de que se tome como más profunda una noción enteramente transcendente, que alcanzaría el estrato más radical de lo dado, el del ser.

Pero entonces el contenido de esta noción, precisamente porque es la más profunda de lo dado, en su transcendencia más ahondada, ha de convenir a todo inteligible; lo trasciende todo. Lo cual equivale a decir que tiene una universalidad sin límites y por ello también una necesidad absoluta. Pero con ello no se llega a expresar una tal universalidad con un concepto unívoco, sino análogo; lo cual permite que «los modos» de ser también sean, sin contradicción, ser. Esta «clase» sería así verdaderamente la clase universal, que se contendría y no se contendría a sí misma, sin contradicción, es decir, no fracasa la Metafísica en la autopredicación porque es verdaderamente *transcendente* y así da la justificación última requerida.

Entonces esta zona más transcendente puede fundamentar el pensamiento al mostrar por qué excluye el *relativismo*. Puesto que la verdad, expresión o propiedad del ser absolutamente universal o transcendente, también estará dotada de una necesidad absoluta, nunca podrá ser verdad lo que lo es, en cuanto sea aquello; y puesto que se extiende *a todo dominio* de lo inteligible, excluyendo que pueda ser verdad, con razón o de derecho, para uno, aquello que otro mediante otro medio o pensamiento, pudiese a su manera con verdad negar, excluye el relativismo. En otras palabras, nos da con su transcendencia total la justificación o fundamentación que buscamos.

Por el contrario, si uno tomase como último un estrato que no lo es, el de los conceptos «cuantitativos» (o si se prefiere, el de la abstracción matemática y lógica) entonces sucedería que sus con-

(2) Lo expuse en una comunicación leída en la IX Semana Española de Filosofía (Madrid) el 30-XII-1968. Se publicó con el título: **Análisis lógico del lenguaje y Metafísica**, en «Doctor Communis» (Roma), XXI (1968-II), 189-198.

ceptos serían unívocos, y en este caso, para *evitar* la aparición de las antinomias de la autopredicación que aparecen en las nociones transcendentales o últimas se ha de recurrir a la contrapartida que sería suprimir arbitrariamente del dominio de lo real toda la zona de fundamentación última del pensamiento humano; así excluye toda autopredicación a pesar de que nos es dado en la evidencia humana el lenguaje previo de la autopredicación, pero que se resistía a entrar en este estrecho corsé que se le pretendía imponer.

Entonces sucede, por ejemplo, que estos sistemas suprimen la realidad del propio «yo pienso» como existente en sí, que no es algo reducible a lo lógico o abstracto, sino algo más, que nos es dado.

Además sucede, como ya indicábamos, que con un lenguaje no-formalizado, pre-lógico, en que empleábamos la autopredicación con evidencia de su correcto sentido, habríamos establecido como único y fundamental un lenguaje formalizado en que se negaría toda autopredicación. No habría dificultad si se concluyese que este lenguaje formalizado no lo es todo, que no es la fundamentación última (es decir, que la lógica matemática no tiene en su objeto formal la profundidad o abertura suficiente para autofundarse y para fundar en última instancia el pensamiento humano); pero no habría coherencia si se pretendiese *suprimir* aquello a que no se llega por haber tomado convencionalmente un medio más limitado de visión.

Puedo elevar el papel de lo semántico tanto como quiera, pero a condición de no suprimir el aspecto sintáctico del lenguaje, puesto que nuestra intuición no nos da *de golpe* todo lo real, a que nos acercamos por grados sucesivos, que requieren ya por lo mismo algo sintáctico. Las filosofías *meramente* «intuitivas» no pueden expresarse, ni expresar a otros su contenido, sin recurrir a lo sintáctico, lo cual por lo mismo niega su pretensión de validez última y fundamental mediante lo puramente semántico.

También puedo sobrestimar el papel de lo sintáctico, como hace a veces la Lógica simbólica, pero sin excluir todo aspecto semántico, sobre el cual se injerta la deducción: que esto dado sea un Existente (Seiendes), o que sea *va* algo abstracto, como esencia o *eidos*, poco importa; si se pretendiese excluirlo, entonces caeríamos de nuevo en el caso antes examinado, que con otras palabras ya expresaba Aristóteles en un texto de su perdido *Protreptikós*, que podría formularse así: «Hasta para negar la Metafísica es preciso hacer Metafísica», aunque la palabra que él empleó no fue la de Metafísica, sino la de Filosofía, que de un modo más impreciso viene a decirnos lo mismo.

Los ensayos que se han hecho para aislar esta afirmación metafísica (la única que concederían algunos que fuese admisible),

de las otras (que serían la Metafísica clásica) no parecen tener resultado, puesto que las afirmaciones se enlazan unas con otras como las cerezas de un cesto: si una afirmación es admitida, ¿por qué no las otras que la fundamentan o que de ella se deducen? Y además, ¿por qué se señalaría ahí y no allí este límite entre la Metafísica que se admitiría y aquella que no lo será? Entonces, si hay suficiente vigor mental para advertir esta consecuencia, se llega a la expresión bien conocida de Wittgenstein: «La Metafísica no tiene sentido, pero no estoy seguro de que esta expresión tenga sentido». Si no se sabe que tenga sentido, ¿por qué se la enuncia o se la admite? Sería mejor callarse. Es de nuevo el antiguo gesto del viejo Cratilo, discípulo de Heráclito, que se repite después de veinticinco siglos.

Entonces buscando el «sentido» de las expresiones metafísicas, se desemboca en el término asintótico de la Transcendencia total, que reuniría en sí mismo la absoluta inteligibilidad con la absoluta necesidad, es decir, que porque es Infinito, tiene con qué poder fundamentar la absolutez de la verdad, con su universalidad sin límites, que es lo que excluye el relativismo y por lo mismo legitima la Metafísica.

Pero como existente en sí, debe ser absolutamente Necesario: su Esencia es la de Existir, sin dejar nada inteligible sin fundamentarlo en sí. Con otras palabras, la Metafísica nos conduce hasta Dios, infinitamente presente en todo, precisamente porque está infinitamente alejado. Es decir, puesto que todo lo real-inteligible depende de El en cuanto a todo (creación), por ello sucede que está presente en todo; pero por ello ha de estar, en cuanto a la hondura de su ser, infinitamente alejado, como el Infinito del finito. Nadie hay «de quien» más conozcamos y «que» menos conozcamos que Dios. Dios es «de quien» más conocemos, puesto que todo bien, toda verdad, son, en cuanto a todo lo positivo, vestigio de El, de quien dependen totalmente en última instancia. Pero es el ser «que» menos conocemos, puesto que el «modo» con que lo realiza está infinitamente distante. Es la clásica noción de la Analogía, eje de la Metafísica de la tradición cristiana.

Ahí está, sin duda, el problema más radical y más profundo del pensamiento humano, la cuestión metafísica más decisiva, que nos lleva como por la mano, hasta la plena Transcendencia partiendo de lo que exige nuestra Inmanencia, si la examinamos con hondura y con rigor.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.